

Testimonio de Juan Vicente Bhranovich



Fecha de nacimiento: 9/10/69

Estado civil: Separado

Hijos: 2

Lugar de nacimiento: Arrecifes.

Jerarquía: Cabo 1ero.

Síntesis del hecho: Junto a un compañero, mantuvo un enfrentamiento armado con seis delincuentes que, poco antes, habían cometido un robo. Producto del tiroteo, recibió 11 impactos.

Lesiones: Secuelas neurológicas.

“Mi sueño es sanarme bien, volver a trabajar y jubilarme de Suboficial Mayor”

“Para mí ser policía es estar en la calle”

“Mi gran pasión siempre fue el fútbol”

“En un lugar como Arrecifes se hacen más fuertes los lazos familiares”

En el año 2000 fue distinguido como “Mejor Policía del Año”.

Juan Vicente Bhranovich, Juanchi para sus amigos, es dueño de una sencillez casi provinciana. Allá por 1970 nació en la ciudad de Arrecifes, la que lo vio crecer, entre estudios y partidos de fútbol. Ahí permanece hoy, en la casa de sus padres, en un hogar donde encontró el calor y el cariño suficiente como para vivir con entereza e ilusiones.

Arrecifes está ubicada en la zona norte de la provincia de Buenos Aires, antes de llegar a Pergamino. Es una típica ciudad del interior, con apenas 30.000 habitantes... Me crié con Juan Antonio, mi papá y Nélica, mi mamá. Tengo una hermana cuatro años menor, que se llama Silvia.

De chiquito amé el fútbol... Jugaba de defensor en Palermo, a la vuelta de mi casa, en la Liga local. Tengo unas cuantas copas guardadas de partidos ganados porque íbamos escalando de categoría en categoría, pero siempre dentro de mi ciudad. En realidad me gustaban todos los deportes pero mi gran pasión siempre fue el fútbol.

Soy hincha de Boca, como mi papá, y aunque de chico jugué en Palermo, que es la contra de Almirante Brown, ahora sólo quedaron ellos en el pueblo, así que ahora hincho por Brown... nobleza obliga.

Mi infancia fue muy linda, con una muy buena comunicación con los viejos y mi hermana, y al día de hoy se mantiene tal cual. Conformábamos una familia normal de clase media y sin darnos

lujos. Con el trabajo de mis viejos subsistíamos. Papá trabajaba antes en un Banco y ahora en una estación de servicio; mami siempre trabajó en casas de familia.

Los días de descanso eran los mejores. Solíamos ir al campo a pescar o a cazar, a veces con papá y si no con algún amigo... La primaria la hice en la Escuela número 5, y la secundaria en el Comercial. Tengo muchos amigos de esa época.

De chico empecé a trabajar, porque la plata no alcanzaba mucho y si quería tener algún gasto extra hacía changuitas. Mi abuelo, que era albañil, me llevaba con él y alguna monedita hacía... Laburé de todo: en un taller de chapa y pintura... Por ahí con algunos amigos conseguíamos una buena changa, como desarmar una casa vieja... Y ya a partir de los catorce años empecé a cubrir la suplencia de las vacaciones en las estaciones de servicio; ahí cargaba nafta y logré que me dejaran efectivo después. Siempre traté de hacerme algún pesito extra para mis cositas y mis salidas, y de paso ayudaba en casa.

Mi infancia transcurrió entre el cole, los trabajitos y mucho tiempo para estar con mi familia. Al único de mis abuelos que no conocí fue al papá de mi mamá porque murió cuando ella era muy chica.

Con cariño y emoción recuerda las palabras en yugoslavo que Antonio, su abuelo paterno, le enseñó en sus primeros años. Algo de nostalgia como buen descendiente de inmigrante lo impulsa a soñar con conocer la tierra que sus antepasados tuvieron que dejar... Hay historias, recuerdos y vivencias que permanecen frescos en la memoria de El Gringo, como lo llamaron siempre sus compañeros.

El padre de mi viejo se vino de muy joven a trabajar al sur. Juntó plata y trajo al resto de la familia. Luego se pudo traer a la mamá y a dos de sus hermanos, pero allá quedó la hermanita más chica, que murió en la guerra. También me llevaba bárbaro con el hermano de mi mamá, éramos muy compinches. Ya no está conmigo, porque falleció hace unos años.

En un lugar como Arrecifes se hacen más fuertes los lazos familiares. Y también tenés a los que no son familia, pero que con el tiempo se convierten casi en hermanos...

Nunca tuve problemas para relacionarme con la gente, y creo que eso tiene que ver con mi personalidad. Me enseñaron a ser respetuoso de chico y a ayudar a los vecinos. No pude terminar la secundaria. Me quedaron dos materias: matemáticas y literatura, y la verdad es que no me gustaban. Igualmente fui un alumno normal, no era un cráneo pero tampoco el último del pelotón... Me acuerdo de muchos de mis compañeros: el Colorado Bilbao, el Mono Pellegrini...

A los 23 años Juan cumplió el sueño de comenzar el curso de suboficiales en el Cuerpo de Infantería de San Nicolás. La experiencia fue muy rica, favorecida por su predisposición al trabajo y las ganas de aprender constantemente de sus compañeros e instructores.

Era el año 1993 y logré anotarme en este curso. La Escuela de Suboficiales los había organizado en distintas Unidades Regionales. Habrá durado más o menos seis meses. Matizábamos mucha instrucción física con un poco de aula, clases de procedimientos y Código Penal. A veces terminábamos agotados pero no lo sentía porque era lo que a mí me gustaba, lo que había elegido.

Desde chico quise ser policía, me acuerdo que miraba por televisión Swatt o Chips y por supuesto quería ser "Poncharelo".

Iba de lunes a viernes, y volvía el fin de semana con mi familia. Con la gente que conocí ahí me sigo viendo... Como están en Infantería van a cubrir la cancha cuando juega Brown y me saludan. Se acuerdan de mí... Además cuando tuve la desgracia se enteraron al instante y se preocuparon mucho.

Mi primer destino fue la Brigada de San Nicolás donde hice el curso de aspirante. Cuando lo terminé me mandaron a Cuatrерismo Pergamino, un lugar muy tranquilo. Yo quería un poco más de acción pero igual la pasaba bien. Luego disolvieron las Brigadas de Investigaciones y se crea-

ron las DDI en la Provincia, entonces nos mandaron a todo un grupo a la DDI Zárate-Campana, destino en el que estoy actualmente.

Normalmente, en mis destinos estaba de “disponible”, o sea para lo que hiciera falta como quien dice. Hasta el día del hecho en el que fui herido habíamos tenido algunos asaltos a mano armada, algún tiroteo a las perdidas, pero nunca vi morir a un compañero ni tampoco que hirieran a ninguno.

Ya hacía dos años y medio que El Gringo estaba en su actual destino. Ese día, 21 de junio de 2000, fue atípico desde el principio. Había entrado a las ocho de la mañana y participado de varios allanamientos en la ciudad de Campana, hasta que a las 24 el fiscal de la causa dispuso que un móvil quedara de consigna en un predio privado, donde al día siguiente tenían que secuestrar unos autos. Juan y su compañero, el cabo primero Carlos Alberto Benítez, fueron designados para esa tarea.

Me acuerdo que era una noche de mucho frío y el lugar estaba en las afueras de Campana, en un descampado. De civil, pero con nuestras armas, nos subimos a un auto no identificable, al que le decíamos el “Monza bordó”. Nos preparamos para una noche que se nos hizo bastante larga. Aclaró y todavía no habían venido con las grúas a buscar los autos, así que nos quedamos esperando el relevo. Ya no teníamos baterías en los handys porque se habían acabado de tantas horas de estar apostados.

Como hacía tanto frío nos habíamos acomodado debajo de unos eucaliptus, pero con buena visión de la tranquera de entrada al predio que teníamos que vigilar.

De pronto, ya pasado el mediodía vi un auto, era un Gacel rojo con una pareja en su interior. Me llamó la atención y se lo comenté a mi compañero porque esa zona es muy transitada por motos y bicicletas, y no era una buena elección para una pareja que buscara intimidad.

El auto llegó hasta la tranquera, paró y volvió a salir en la misma dirección que venía pero marcha atrás. No habrán pasado más de cinco minutos cuando escuchamos bocinazos y lo vimos pasar nuevamente, con otro auto detrás. Era un vehículo color beige. Ahí ya nos dimos cuenta de que algo raro estaba pasando.

Del segundo auto se bajaron cuatro tipos, abrieron el baúl y tomaron un bolso color azul o celeste. Enseguida se subieron al auto rojo, en el que estaba la otra pareja y dejaron abandonado el beige con todas las puertas abiertas.

Suponiendo que habían cometido algún tipo de ilícito, Bhranovich y su compañero no dudaron un segundo. Los delincuentes no se habían percatado de su presencia y aprovechando esa circunstancia los siguieron durante varios minutos por un camino de tierra que va de la ruta 6 a la ruta 9. Por ser una hora pico, de entrada y salida de chicos a la escuela, y horario comercial, iniciaron una persecución “silenciosa” y a una distancia prudencial. La idea era no perderlos de vista y tratar de encontrar algún otro patrullero de apoyo, pues no podían requerirlo vía handy.

En un primer momento no se dieron cuenta que los seguíamos. Entre ellos y nosotros había micros de línea y otros autos. Pero después, cuando tomaron la Colectora, se desviaron por un descampado y ahí ya quedamos detrás de ellos. No habíamos tenido suerte de encontrar el patrullero que normalmente estaba en la estación de servicio, de consigna. Así fue que nos la jugábamos solos.

Cuando estábamos casi a la par, frenaron de golpe y empezaron a tirar. Nosotros quedamos delante de ellos y al salir del auto quedé justo frente a los delincuentes. Mi compañero, en cambio, por la posición del Monza, pudo escudarse con el auto.

Todos tiraban, menos la mujer. Tenían armas de puño. Empezaron a tirar desde dentro del auto pero después se bajaron. Yo sentí tres tiros que me quemaban en mi abdomen. Contesté los

disparos y maté a uno. Era tirar y sentir como te tiraban. Después le pegué a otro que, herido, se arrastró hasta detrás de su auto y me seguía disparando.

Yo estaba caído boca abajo y el delincuente al que había herido me tiraba desde el piso. Los proyectiles iban por debajo del auto, en el espacio que se hace entre el pavimento y el piso del coche... Todas esas balas me pegaron en el brazo izquierdo porque yo ya había vaciado mi cargador.

La balacera duró varios minutos. Juan estaba herido y sin balas, pero su compañero continuó hasta el final. Dos delincuentes muertos -uno en el lugar-, tres heridos y la mujer detenida horas más tarde fue el resultado del enfrentamiento. El auto en el que se movilizaban tenía pedido de secuestro del Gran Buenos Aires y ahí, en Campana, habían asaltado un Maxiconsumo. Se habían robado las armas de los custodios pero además se les secuestraron en el bolso que llevaban en el auto armas de grueso calibre. Los partes policiales dieron cuenta que Bhranovich había recibido 11 impactos de bala... “No se escapó ninguno”, rescata el policía en su relato, satisfecho por que el haberse arriesgado valió la pena.

Cuando vi que estaba todo controlado, le pedí a mi compañero que me ayudara. “Haceme atender, llama una ambulancia... No me quiero morir, tengo tres hijos”, le decía. No sé como hizo pero se portó de diez. Un remisero del lugar nos auxilió y me subió a mí y a uno de los delincuentes que estaba herido. Nos llevaron al hospital de Campana. Ese señor me ayudó, no me conocía pero le estoy muy agradecido, a él, a mi compañero, y a Dios por supuesto. En ese viaje se me nublaba la vista, y por momentos perdí el conocimiento...

Cuando llegué al hospital le dije al doctor que me operara, y repetía hasta el cansancio: “Tengo tres hijos, no me quiero morir”.

No le tenía mucho miedo a las heridas en el abdomen, porque como yo hacía adicionales en el hospital de Escobar había visto a muchos ingresar con heridas de ese tipo que luego se recuperaban. Pero sentía la sangre que me quemaba; en el brazo se me había roto una arteria y me impresionó el charco que dejé cuando me hirieron.

Al episodio traté de olvidarlo, no porque me hiciera mal, por el contrario, creo que no me afectó debido a que estaba preparado para eso. Simplemente traté de vivir el presente y pensar en mi estado físico. Igualmente fui a la reconstrucción del hecho. Ahora, el 21 de junio, se cumplen dos años y me gustaría que el fiscal fijara la fecha del juicio oral. Si ellos no tienen sentencia, después de dos años, ya pueden entrar en beneficios como el dos por uno, y creo que no se lo merecen.

Eran de la “pesada”. Dos o tres de ellos habían salido hacía poco de la cárcel, y no me gustaría que tuvieran la oportunidad de salir nuevamente. El que maté yo, “El Chocolate Díaz”, había salido unos días antes de estar en cana y lo mismo el otro que murió, Jorge Malvido.

Por comentarios, parece que algunos de ellos habían formado parte de la banda del Gordo Valor... No eran nenes de pecho.

Los médicos en Campana le hicieron las primeras curaciones y posteriores consultas realizadas con otros profesionales determinaron su traslado al Churruca. El estado de salud de Juan era muy grave, desesperante. Internado ese mismo día miércoles, en el hospital de Capital Federal, permaneció en coma hasta el sábado. Todo el pueblo se movilizó.

Estuve varios meses internado. Me realizaron muchas operaciones, un by pass en el brazo, una colostomía... Yo dejaba que los médicos hicieran lo de ellos y me concentraba en recuperarme. Estuvieron a punto de cortarme el brazo, que estaba destrozado. Pero ellos me lo salvaron.

Una de las balas me había ingresado por la columna, de izquierda a derecha, y me había afectado el nervio ciático. No podía estar parado ni siquiera por un momento. Se me debilitaron las piernas por completo y tenía el brazo izquierdo totalmente inútil. Después de varias intervenciones quirúrgicas mi situación pasó a ser bastante simple: tenía que estar en la cama y lo más quietito

posible. Me daban muchísimos calmantes y dentro de mi ignorancia en la parte médica estaba confiado que iba a recuperarme totalmente.

Estando en terapia intensiva yo hacía planes y me proponía que para marzo del año siguiente quería estar trabajando nuevamente. Muchas veces la ansiedad no entiende de tiempos de rehabilitación, las ganas van más rápido.

Ahora estoy consiente que me queda mucho tiempo de recuperación y que me van a quedar secuelas, pero yo sigo para adelante, con mucha fe. Mi sueño es sanarme bien, volver a trabajar y poder jubilarme de suboficial mayor.

Seguro que no hubiera podido recuperarme en estos términos si no fuera porque tuve todo el apoyo del mundo. Mi amigo, mi hermano, Antonio Herrera, puso a disposición de mi familia un teléfono celular que sonaba todo el tiempo. A él lo había conocido cuando hice el curso de aspirantes en la Brigada de San Nicolás, después nos volvimos a encontrar en la DDI y ahí ya no nos separamos más. Otro amigo de fierro, Fernando Sensano... La Jefatura Departamental puso un móvil para que trasladara a mi familia del hospital a un hotel que el Círculo de Suboficiales pagaba. Eso para mí fue importantísimo, porque es muy feo estar ahí tirado en una cama y tener que preocuparse por si los familiares que están en el pasillo tienen para comer o dónde ir a dormir.

El intendente de Arrecifes, Gustavo Picoy, al que había tenido como profesor en la secundaria, puso todo a mi disposición y a la de mi familia.

El sábado que desperté del coma llegaron dos trafic completas con gente para donar sangre, y aún así había más gente por si hacía falta. De eso no me voy a olvidar nunca, porque cuando pidieron sangre para un policía herido todo el pueblo llamó a la comisaría y a la radio, y no daban abasto para contestar las llamadas. Me sentí muy reconfortado porque creo que si yo hubiera sido un mal tipo, un mal vecino, no hubieran reaccionado así...

La charla pone al descubierto a un hombre con una gran fuerza de voluntad, dispuesto a todo. El detalle de las horas vividas en un “hospital de día” lo muestran enfrentando con entereza otra prueba extrema: el largo camino de la recuperación. En cada frase hay una palabra de agradecimiento para con la Policía. “Nunca me dejaron a pata”, repite hasta el cansancio.

Desde que salí del Churruca, hasta junio del 2001, estuve haciendo rehabilitación intensiva en la Clínica Ulmes. Entraba a las 9, al mediodía almorzaba, me dejaban descansar sólo un rato, y seguía hasta las 17. Fue muy duro. Tenía muchos dolores, no podía caminar solo, me caía...

Un médico me decía: “esto se soluciona con agua y ajo”. Un día le pregunté que significaba y me dijo: “aguantar y a joderse”. Después del chiste me habló mucho, me dijo que era feo, que era crudo que me lo dijera, pero que para avanzar todo dependía de mi voluntad y de mi sufrimiento. Y así fue. Yo de a poco veía que avanzaba y que me podía movilizar.

Ahora estoy consiente de mis limitaciones. Todavía me duele mucho. No puedo caminar rápido, ni correr, ni saltar. En mi brazo todavía no tengo fuerza ni mucha sensibilidad, aunque como mejoré un montón, apuesto a que si continúo con la rehabilitación todavía me quedan cosas por lograr. Y si me dicen que para mejorar tengo que ir a La Quiaca o a la Antártida yo voy.

Muchos dicen que mis adelantos se deben a que soy joven, que siempre hice vida sana y deporte. Yo creo que me ayudó mucho no encerrarme en mí mismo. Dejar que me ayudaran, tratar de superarme y bancarme el dolor.

En el momento en que este hombre se debatía entre la vida y la muerte, sólo había lugar en su mente para sus hijos Carolina de 7, Mailen de 3 y Jesús, este último de su ex pareja al que crió como propio. “El, al día de hoy, me dice papá, y lo siento mío”, confiesa con naturalidad.

Me encantaría conocer todo el país con mis hijos: las montañas nevadas, las sierras cordobesas, el mar... Yo conocí el mar, pero siempre trabajando, en el Operativo Sol, nunca fui de vacacio-

nes... Este verano Carolina pasó mucho tiempo conmigo, Mailen es más chiquita y extraña a la mamá, de quien me separé poco después del accidente... Pero la cosa venía mal de antes, y después de lo que pasó me replanteé cambios y resolvimos separarnos.

Para mis hijos fue difícil, a ellos les afecta todo. Por ejemplo cuando estaba internado me iban a ver al hospital, y yo tenía muchas cicatrices y se impresionaban. Además no terminan de entender, empiezan a hacer preguntas de los ladrones, de por qué son malos y de por qué le hicieron esto a su padre... Y uno, por ahí erróneamente, a veces trata de contestar con evasivas, para no asustarlas, por la edad que tienen.

Me encanta ir con ellas a pescar mojarras a algunos arroyitos, o llevarlas a jugar a la casa de mi hermana. Ahí juegan un montón con sus primitos.

Ahora estoy de novio con una chica muy dulce, se llama Anabella. Ella estudia en el Comercial . Es muy comprensiva y sencilla. Tenemos muchas cosas en común y nos llevamos muy bien. Pienso que eso no va a cambiar.

Con emoción y agradecimiento recuerda el día de la Policía del año 2000, cuando sus amigos y superiores, lo llevaron engañado a la Escuela Juan Vucetich, donde él recibiría una condecoración por haber sido herido en servicio. Sabía de un premio, sí, pero no que el galardón sería al “Mejor Policía del Año”. Ese es un momento que reconoce como “uno de los más felices” de su vida.

Para mí ser policía es estar en la calle. Yo sueño con recuperarme, estar bien, y que Policía me de la oportunidad nuevamente. Un buen policía tiene que ser sincero, honesto y amable con la gente, porque las personas que van a la comisaría no nos vienen a visitar, vienen porque tienen un problema y muchas veces grave.

Yo nunca me sentí más por ser policía, llevaba el uniforme con orgullo, pero nunca me sentí superior. Creo que eso es fundamental: no sentirse un superhombre. Somos seres humanos que simplemente estamos expuestos por nuestro trabajo. Todos estamos expuestos, desde el jefe de Policía hasta el agente.

Siento que en mi vida ahora son todas incertidumbres y todo depende de cómo se vaya dando mi recuperación. Y de algo estoy convencido: que lo que sea que haga el día de mañana sea algo útil. Producir poco o mucho, pero ser útil, esa es mi meta.

Si no lograra volver a mi Policía, que es mi sueño, me gustaría comprarme un campo... Siempre me gustó el campo, tener una granja...

Y si algún día sacara mucha plata, que sería difícil porque nunca juego, me encantaría hacer un hospital de niños en el norte... Tengo mucho tiempo libre y veo lo que le pasa al país y me da tanta pena, porque tenemos un país que es una barbaridad. Veo a la gente que no tiene y eso me duele.